

María
Antonieta

María Antonieta

Évelyne Lever

Lever, Évelyne

María Antonieta. - 2a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. :
El Ateneo, 2014.

384 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Rolando Costa Picazo

ISBN 978-950-02-0824-6

1. María Antonieta. Biografía. I. Costa Picazo, Rolando, trad.

CDD 921

María Antonieta

Título original: *MARIE ANTOINETTE: The Last Queen of France by Évelyne Lever*

Copyright © 2000 by Évelyne Lever

Published by arrangement with Farrar, Straus & Giroux, LLC, New York

Traductor: Rolando Costa Picazo

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos mundiales de edición en castellano

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2014

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición: diciembre de 2002

2ª edición: octubre de 2014

ISBN 978-950-02-0824-6

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en octubre de 2014.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

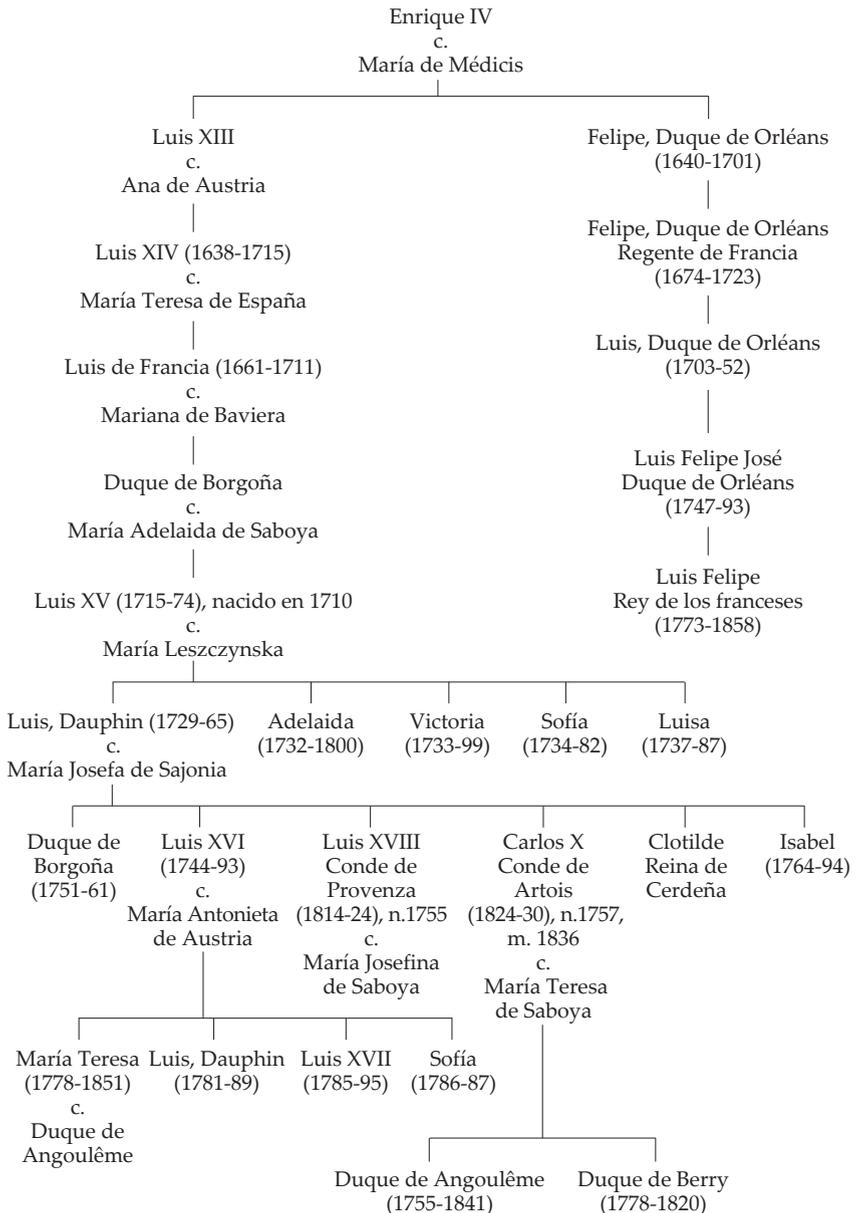
*En memoria de mi abuela,
Mathilde Annibali (1876-1973)*

ÍNDICE

Genealogía simplificada de la familia real de Francia	11
1. Hija de María Teresa	13
2. Grandes ilusiones	22
3. Una boda real	31
4. La corte de Versalles	38
5. Madame la Dauphine	48
6. Fin de un reino, fin de una era	59
7. Una feliz ascensión	68
8. “La pequeña reina de veinte años”	76
9. La coronación	85
10. El círculo de la Reina	94
11. Venus y Vulcano	104
12. Las intrigas de la Reina	112
13. La visita del hermano	121
14. Maternidad	131
15. Fersen	141
16. Reina del Trianón	149
17. Nacimiento de un Dauphin	159
18. El regreso de Fersen	169
19. Últimas ilusiones	177
20. Escándalo en el aire	186
21. El asunto del collar de diamantes	197
22. “Madame Déficit”	208
23. “Mi destino es traer mala suerte”	217

24. “¿Conocéis a una mujer que merezca más lástima que yo?”	227
25. La caída de la Bastilla	236
26. El último verano en Versalles	244
27. La tragedia de octubre de 1789	251
28. Las Tullerías	262
29. Planes de huida	272
30. El drama de Varennes	280
31. El atolladero	291
32. La última demostración de fuerza	300
33. La caída de la monarquía	309
34. La muerte del Rey	318
35. La Conserjería	325
36. Juicio y muerte de la Reina	333
Epílogo: ¿Qué fue de ellos?	341
Abreviaturas y notas	345
Bibliografía	365

GENEALOGÍA SIMPLIFICADA DE LA FAMILIA REAL DE FRANCIA



I

Hija de María Teresa

Viena, 2 de noviembre de 1755. Con los ventanales abiertos de par en par, como acostumbraba, sin tener en cuenta los rigores de la estación, la emperatriz María Teresa trabajaba sin respiro. Estaba atareada anotando los informes, firmando decretos o dictando órdenes cuando sintió los primeros dolores. La Emperatriz, de treinta y ocho años, soberana de un gran imperio, estaba a punto de dar a luz por decimoquinta vez. La Naturaleza reclamaba sus derechos, y la jefa de Estado no podía hacer otra cosa, sino aguardar el parto con estoicismo. No obstante, debido a que María Teresa aborrecía desperdiciar el tiempo, aprovechó el inconveniente momentáneo para que le extrajeran un diente. Una vez terminada la operación, y siguiendo la costumbre alemana, se ubicó en el sillón bajo para dar a luz. Se envió un mensaje a su marido, Francisco de Lorena, en el que se le comunicaba que el alumbramiento era inminente. El príncipe estaba en la iglesia agustina, en la misa de Todos los Fieles Difuntos, con su hijo José. Después de disponer que se escoltara al joven a su apartamento, para evitar que llegara a oír “cosas impropias”, acudió de prisa al lado de su esposa. El parto fue difícil, pero alrededor de las diecinueve y treinta dio a luz a una niña perfectamente formada. Al día siguiente, fue bautizada con el nombre de María Antonia Josefina Juana. Como a todas las archiduquesas se les daba el primer nombre de María; por lo general se las llamaba por su segundo nombre. María Teresa llamaría Antonia a su hija. Fueron los franceses quienes le darían el nombre de María Antonieta.

Se llevó a Antonia al ala del palacio de Hofburg, reservado para los hijos de la pareja imperial. Allí la archiduquesa se reunió con sus

jóvenes hermanos y hermanas: Juana, de apenas cinco años; Josefina, de cuatro; Carolina, de dos, y Fernando, que acababa de festejar su primer cumpleaños. Sus hermanos mayores residían en otros pisos: la frágil María Ana, que ya tenía diecisiete años, y José, de catorce. María Cristina e Isabel, nacidas en 1742 y 1743, respectivamente, ya eran casi señoritas, y se estaba pensando en casarlas. En cuanto a Carlos José, Amalia y Leopoldo, ya habían llegado a la edad de la razón y disfrutaban plenamente de una libre infancia. María Teresa estaba muy orgullosa de su distinguida progenie, que a veces denominaba su "gallinero". En una época en la que la mortalidad infantil cobraba un penoso tributo a todas las familias, la pareja imperial era una excepción: había perdido a sólo tres hijos en su temprana infancia. La Emperatriz tendría otro hijo más en 1756, Maximiliano Francisco, futuro arzobispo de Colonia. Meytens, pintor oficial de la corte vienesa, muestra a la prole de archiduques y archiduquesas entre sus padres, que están sentados en suntuosos sillones, ataviados con las galas ceremoniales. El cuadro se retocaba regularmente: el artista agregaba a los recién llegados y tomaba en cuenta el cambio en el aspecto de los mayores.

Desde 1740, cuando sucedió a su padre, Carlos VI, emperador de los Habsburgo, María Teresa se había empeñado en reconciliar el ejercicio del gobierno con sus deberes de esposa y madre. En 1736, a los diecinueve años, se casó con Francisco de Lorena, un príncipe educado en la corte vienesa, considerado uno de los hombres más apuestos de su tiempo. Su cara llena y facciones regulares revelaban una personalidad equilibrada y un genio tranquilo, que nunca se alteraba. Amable, franco, desprovisto de ambición y autoridad, había atraído a la princesa, que lo amaba y dominaba. No obstante, como no quería que él se sintiera inferior, se comportaba como esposa sumisa. Nunca se resistía a su ardor amoroso, a pesar de que ello trajo aparejado que viviera embarazada casi todo el tiempo durante veinte años.

Desde su primera infancia, ella supo que estaba destinada a la función más elevada. Desobedeciendo la tradición, su padre, el emperador, decidió por medio de la Sanción Pragmática que fuera su hija quien lo sucediera, ya que no tenía hijo varón. No sin dificultad, el emperador logró que su decisión fuera reconocida tanto por sus propios Estados como por las potencias extranjeras. Sin embargo, cuando él murió, el pueblo no aclamó el acceso al trono de María Teresa, como

lo hubiera hecho de haberse tratado de un príncipe: les preocupaba que los gobernara una mujer. Los soberanos europeos, por su parte, olvidaron sus promesas. Todos ambicionaban algún segmento del imperio entregado a una joven e inexperta mujer de veintitrés años, a quien creían incapaz de gobernar los destinos de una parte considerable de Europa Central. Sus Estados, habitados por nacionalidades que hablaban idiomas diferentes y se regían por leyes disímiles, se extendían por un amplio territorio, incluyendo lo que hoy constituye Austria, Bohemia¹ (Praga), Hungría² (Budapest), parte de Italia septentrional (Milán, Mantua, Florencia) y la Bélgica actual, entonces denominada los Países Bajos austríacos. Lejos de sentirse amilanada por las desfavorables circunstancias, María Teresa ascendió al poder con el título de reina de Bohemia y Hungría. Nombró a su marido corregente, pero convencida de la legitimidad de sus derechos como monarca absoluta, sólo le otorgó la apariencia de detentador del poder monárquico.

A los dos meses de su acceso al trono, María Teresa se vio obligada a hacer frente a una invasión de sus provincias y a una coalición europea.

“Soy sólo una pobre reina, pero tengo el corazón de un rey”, exclamó.³ Con insuperable energía y un marcado sentido de la realidad, con gran firmeza y total decisión, sin dejarse intimidar en ningún momento, logró que sus súbditos respaldaran su causa. Reunió tropas, negoció alianzas e hizo que sus enemigos se enemistaran entre sí. Después de ocho años de guerra, ya nadie ponía en tela de juicio su legitimidad. La Sanción Pragmática recibía ahora reconocimiento universal. A partir de entonces, María Teresa simuló ceder ante su marido. Permitió que coronaran a Francisco y le otorgaran el título de emperador, aunque siguió gobernando sola con consejeros de su propia elección. Ahora ya se dedicaba por entero a afianzar la independencia y la seguridad de su imperio.

Durante esos años agitados, Francisco rara vez se apartó del lado de María Teresa. A pesar de las vicisitudes de la guerra, su vida familiar se había desarrollado en armonía. La Emperatriz dio a luz a sus seis hijos, entre quienes se contaban los futuros emperadores José II y Leopoldo II. En esa época, la pareja imperial adoptó el estilo de vida que conservaría hasta la muerte del Emperador. La Emperatriz se levantaba muy temprano por la mañana, a las seis en invierno y a las cuatro

en verano. Aunque sus deberes reales la absorbían, no descuidaba a su familia. Obligada a delegar su autoridad materna a tutores e institutrices que cuidaban a la multitud de archiduques y archiduquesas, no dejaba nada librado al azar. Mantenía una puntillosa correspondencia diaria con los maestros que empleaba. No debía ocultársele nada referente a sus hijos. Más aún, exigía que se la llamara en caso de algún incidente grave, o de cualquier incidente que pareciera serlo. Interesada en el progreso científico, contrató el servicio de uno de los médicos mejor considerado de Europa, el doctor Van Swieten. En ausencia de sus padres, él era el único que podía tomar decisiones con respecto a los jóvenes príncipes. María Teresa ordenó a sus subordinados que observaran al pie de la letra los tratamientos y dietas prescritos por el facultativo. Como el famoso Tronchin, su colega suizo, Van Swieten era partidario de una saludable vida al aire libre. El ejercicio físico, como las cabalgatas, era una parte importante de su programa. También trataba de imponer para sus ilustres pacientes un régimen nutritivo nada común para la época. Los niños imperiales debían tomar sopa y comer huevos, vegetales y frutas. Ingerían muy poca carne de animales de caza, y guisados. Por lo general comían en privado, igual que el Emperador y la Emperatriz, quienes, por su parte, se inclinaban a no respetar los consejos del doctor Van Swieten. En distintas oportunidades, el buen doctor les advirtió que una dieta demasiado succulenta podía llegar a perjudicar su bienestar físico. Es probable que María Teresa pensara que su vida ya era bastante difícil para tener que sacrificar, además, los inocentes placeres de la mesa. Gozaba de la bendición de una excelente salud. Se permitía unas horas de descanso en todas las estaciones del año, e iba cabalgando a los alrededores de Viena, ya fuera a una de sus residencias o a visitar a los súbditos de la corona, que se sentían halagados por su presencia.

A la familia imperial le gustaban los placeres sencillos de la vida íntima. Una aguada un tanto ingenua, obra de la archiduquesa María Cristina, muestra el hogar durante el día de San Nicolás, en 1762, fecha en que los niños recibían regalos. Nada recuerda aquí el cuadro de Meytens, antes descrito. En una sala pequeña de paredes claras y pulido mobiliario —la clase de habitación que podría pertenecer a cualquier buena familia de clase media— el Emperador está leyendo frente a un llameante fuego. De bata, gorro de dormir y chinelas, está sentado

frente a una mesa. Su esposa, de pie detrás de él, resplandeciente con su sencillo vestido de lana celeste, le está sirviendo una taza de chocolate (o té). Cuatro niños —dos niñas y dos varones— se ven felices a su lado. Maximiliano, el menor de los archiduques, come golosinas y juega con un soldado de caballería montado en un fogoso corcel de cartón. Fernando, a quien sólo le han puesto varas de abedul como regalo en su zapato, llora con desconsuelo, mientras que su hermana mayor, María Cristina, que casi parece una joven madre, sostiene frente a él un plato de pasteles, para aplacarlo. Por último, detrás de las faldas de María Teresa, una radiante y satisfecha chiquilla sostiene en alto una magnífica muñeca: es la pequeña Antonia, de apenas siete años.

María Teresa hizo construir unos cómodos apartamentos en el antiguo palacio de Hofburg, que conservaba su aspecto de fortaleza medieval. Sin embargo, cuando llegaba la temporada estival, la Emperatriz prefería trasladarse con toda la familia al castillo Schönbrunn, un palacio a pocos kilómetros de Viena diseñado según el modelo de Versalles, que era la fascinación de los soberanos europeos desde hacía medio siglo. A partir de 1749, la Emperatriz se alojaba cada vez con mayor frecuencia en esta agradable residencia, relativamente pequeña, y le complacía alterarla a su gusto, muy confiable y femenino. Le gustaban los paneles de maderas exóticas, y comisionaba a artistas para que pintaran alegres paisajes llenos de flores y pájaros. Prefería que las alegorías que representaban a su reino se ejecutaran con más gracia que esplendor. También le gustaba una profusión de habitaciones de exhibición, como un cuarto chino, otro de laca, un tercero adornado con porcelanas... La familia imperial residía en habitaciones de colores brillantes, adornadas con espejos barrocos en los que se reflejaba una serie interminable de pasteles de tonos delicados.

Aunque a la Emperatriz le agradaba buscar alivio de sus tareas de gobierno en la sencillez de la vida en familia, no desdeñaba el esplendor. En Viena presidía una brillante corte donde la diversión adquiría dimensiones legendarias. Antonia hizo su primera presentación oficial en ocasión del onomástico del Emperador, el 5 de octubre de 1759. Enfundada en un descotado vestido de corte, cantó varias coplas en francés. Fernando tocó el tambor, Maximiliano recitó un cumplido en italiano, José tocó el violonchelo, Carlos el violín, y María Ana y María Cristina el piano. Al año siguiente, a pesar de su tierna juventud, la

pequeña archiduquesa asistió a la celebración de la boda de José con Isabel de Parma. Hay un cuadro enorme en el museo Kunsthistorisches de Viena que representa un concierto ofrecido en honor de la joven pareja de desposados. Sentados en la primera fila, a ambos lados de sus padres, y ataviados con sus galas reales, los niños imperiales escuchan la música. Varios son tan pequeños todavía que sus pies no llegan al piso. Se ve a la graciosa Antonia sentada muy erguida, con el pelo empolvado y bien peinado, vigilada con discreción por su institutriz. Tiene puesto un vestido *à paniers*.

La música ocupaba un lugar importante entre los entretenimientos de la augusta familia. El padre de María Teresa, Carlos VI, tocaba el clavicordio con maestría y no consideraba por debajo de su dignidad dirigir la orquesta de la corte. A María Teresa le gustaba cantar; Francisco admiraba su cálida voz de contralto. La familia imperial alentaba a los músicos. Wagenseil era el maestro de música de la corte, aunque por encima de sus composiciones se preferían las de Haydn y Gluck. Cuando les llegó el rumor de que un tal Mozart, un niño prodigio de Salzburgo, llegaría a Viena en 1762, María Teresa lo invitó al Hofburg. Rodeados por sus hijos, María Teresa y Francisco escucharon al pequeño Mozart y a su hermana durante tres horas, y luego, durante un largo rato, les hicieron preguntas sobre su arte. Los príncipes se mostraron especialmente afables. “Sus Majestades nos recibieron con tantas muestras de favor que si me explayara en los detalles, mi relato sería tomado por un cuento de hadas”, escribió luego el padre de Mozart a un amigo.⁴ En la familia del artista se contaba la historia de que el pequeño prodigio se había resbalado y caído en el bien encerado piso de la sala. Antonia, la menor de las archiduquesas, que tenía exactamente la misma edad que Mozart, corrió a ayudarlo y le dio un beso.

“Eres muy amable, y me agradecería que te casaras conmigo”, le dijo él. “Por gratitud”, le respondió a la Emperatriz cuando ella se rió y le preguntó por qué querría casarse con su hija. Ésta es una anécdota que se ha contado innumerables veces, y aunque no puede autenticarse, es perfectamente plausible. En Viena era posible apartarse del protocolo, y la educación de los archiduques no se oponía a este tipo de espontaneidad.

Antonia llevaba la vida más despreocupada imaginable. La indulgente Condesa de Brandeiss, que estaba a cargo de su educación, se

conformaba con sólo inculcarle los principios religiosos y morales que debía poseer toda archiduquesa. Para complacer a su encantadora alumna, acortaba las horas dedicadas a la lectura y la escritura. Antonia prefería corretear alocadamente por el parque o andar en trineo en el invierno con su hermana mayor Carolina y las princesas de Hesse y Mecklenburg. Sólo pensaba en divertirse. Su madre se ocupaba poco de su educación, y su padre, si bien muy atento a la educación de los hijos varones, era mucho menos exigente en lo concerniente a sus hijas. Consideraba que mientras fueran virtuosas y diestras en las artes femeninas, como la música, la acuarela y el bordado de tapices, eso bastaba para que fueran consumadas esposas. ¿Qué más se les podía pedir? En la plenitud de su vida, el Emperador escribió una especie de testamento espiritual para sus hijos. Inspirándose en los principios de la religión católica, que la familia imperial observaba con devoción, les recordaba que su ilustre cuna no debía conducirlos a olvidar que estaban en la tierra para ganarse la salvación. Además, este festivo y jovial epicúreo advertía a sus hijos sobre los peligros de la vanidad mundana y les imploraba que se cuidaran de lisonjeros y falsos amigos.

El año de 1765 marcó un punto crítico en la vida de la familia imperial. A comienzos de ese año, la corte celebró el segundo matrimonio del archiduque José con Josefina de Baviera, con cierta tristeza para José, que seguía lamentando el deceso de su primera esposa, que murió, víctima de la viruela, en 1762. Además, para el deleite de la Emperatriz, empezaron los preparativos para la boda de Leopoldo con una de las hijas del rey de España. A principios de agosto, la pareja imperial y sus hijos viajaron a Innsbruck para celebrar esta unión. Sin embargo, la situación general empeoró de repente. Leopoldo cayó enfermo de males inexplicables, que hicieron que se temiera por su vida. Transcurrieron varios días en que la familia vivió angustiada. El 17 de agosto, el príncipe pareció estar totalmente recobrado, y María Teresa decidió ir al teatro con toda la familia. El Emperador se sintió mal durante la función, y salió del palco sin decir palabra. José lo acompañó. Cuando llegó a su alcoba, se desplomó en los brazos de su hijo. Se intentó revivirlo, pero todo fue en vano. Había muerto.

Desconsolada por primera vez en su vida, la Emperatriz no sabía qué hacer. Durante varias horas no quiso ver a nadie. Pensó en retirarse a un convento y dejar la conducción del imperio a José. No obstante,

no tardó en recobrase, y resolvió continuar con su tarea. Sus hijos eran demasiado jóvenes para confiarlos al cuidado de otros, aunque se tratara de los sirvientes más leales y devotos. Sobre todo, ella no podía dejar el imperio —uno de los propósitos de su vida— a José, que carecía de experiencia. Decidió incluirlo en el gobierno con el título de corregente. Así, el hijo sucedió a su padre. Parecía razonable suponer que este joven de veinticuatro años no resultaría tan sumiso como Francisco. Era probable que este hombre seguro de sí, innovador, educado para el ejercicio del poder supremo, chocaría con su madre, a pesar de que la reverenciaba y le temía.

No sabemos qué sentimientos embargaron a la joven Antonia ante la muerte de su padre, que la adoraba, lo mismo que al resto de sus hijos. Lo cierto es que las circunstancias diarias de su vida cambiaron. Había menos momentos de intimidad familiar. Veía a su madre con menor frecuencia, y de pronto la Emperatriz parecía una dama entrada en años, imponente y distante. Ahora que el gobierno de sus Estados le exigía mayor atención que nunca, María Teresa se refugió en un luto ostentoso. Vestida totalmente de negro, con una capota de encaje atada en la barbilla, ya no permitía conciertos ni diversiones en la corte. Durante largos meses un silencio de muerte cayó sobre Hofburg y Schönbrunn. Sin embargo, en 1766 la Emperatriz ordenó alegres festejos para la boda de su hija María Cristina con el príncipe Alberto de Sachsen-Teschen. Era la culminación de una verdadera historia de amor. No obstante, la alegría duró poco. Una epidemia de viruela pronto diezmó a Viena, y la familia real no fue una excepción. No era la primera vez que la espantosa enfermedad atacaba el Hofburg. Ya se había cobrado la vida del archiduque Carlos José, de la archiduquesa Juana y de la primera esposa de José. Ahora María Teresa, Josefina de Baviera, María Cristina y Alberto de Sachsen-Teschen contrajeron la enfermedad, todos a la vez. Aunque la esposa estaba en una condición crítica, José nunca se apartó del lecho de enferma de su madre. María Teresa se recobró, pero su nuera murió. Nadie lamentó su desaparición. María Cristina y Alberto sobrevivieron. Isabel también, aunque la cara le quedó irreparablemente picada de viruelas.

No bien recobró las fuerzas, la Emperatriz tuvo que encargarse de los preparativos de la boda de su hija Josefina con el rey de Nápoles, enlace que era fruto de hábiles planes diplomáticos que la Emperatriz

había llevado a cabo en forma magistral. Antes de celebrar la ceremonia por poder, que tendría lugar en Viena, María Teresa exigió que su hija meditara ante la tumba de su recientemente fallecida cuñada, en la imponente cripta de la iglesia capuchina. Abrumada por un presentimiento terrible, Josefina consideró que esta orden era una sentencia de muerte. Al regresar al castillo Hofburg, empezó a temblar: era el principio de la viruela. Dos semanas después, todas las campanas de Viena doblaban por la muerte de Josefina. Tenía dieciséis años recién cumplidos. Antonia jamás olvidaría su trágica muerte.

Josefina terminaba de reunirse con sus innumerables parientes en la necrópolis de los Habsburgo cuando el rey de España, “sin vacilar ni perder un minuto”,⁵ le pidió a María Teresa otra archiduquesa para su hijo, el rey de Nápoles. Haciendo caso omiso de su estado emocional, la Emperatriz le dio a escoger entre Amalia y Carolina. Él eligió a Carolina, la menor. Nada pudo haberle causado más pena a Antonia. Un vínculo de profundo afecto unía a las dos hermanas. Siempre estaban cuchicheando y riendo juntas, observando las falencias o el proceder ridículo de algunas de las personas que las rodeaban, y burlándose de ellas sin piedad. María Teresa había intentado separar a las dos adolescentes para evitar que alguien se sintiera lastimado por su actitud. Sin embargo, las dos cómplices habían proseguido con sus juegos. La partida de Carolina hacia Nápoles en abril de 1768 puso fin a este estrecho vínculo. La archiduquesa había encontrado un marido “de cara muy fea” y conducta muchas veces peculiar: la vida conyugal de la nueva reina de Nápoles tuvo un penoso comienzo.⁶ En las cartas a su institutriz, la Condesa de Lerchenfeld, Carolina siempre pedía noticias de Antonia, a quien —decía— “amaba extraordinariamente. Cuando pienso que su destino puede ser como el mío, me gustaría escribir volúmenes enteros sobre el tema... pues debo decir que la agonía que se padece se agrava debido a que una siempre debe aparentar felicidad”.⁷ Al escribir estas líneas en agosto de 1768, Carolina estaba plenamente consciente del progreso de las negociaciones de la boda de Antonia con el nieto de Luis XV.